

cen que tal vez un miserable pastor es mas dichoso en su cabaña. Póngase por ejemplo á nuestro soberano. En el año de 8 proclamado y adorado por rey de todos los españoles. En el mismo año prisionero y cautivo por un conquistador. En el año de 14 restituido á su trono monárquico puro. En el año de 20 abatido, provocado y hecho un rey de palo. En el año de 23 vuelto á ser rey como todos sus antecesores. Si esto no es una farsa, yo no sé que nombre darle. Pero dejemos esto por hoy, y mañana te traeré la carta para mi tia por si te marchas para Salamanca. No me faltes de aquí en la misma hora, y hasta entonces

CAPITULO III.

Se despide Celestino de Gil Blas, y le da este una carta para su tia de Salamanca.—Curiosas sesiones entre los dos antes de separarse.—Explica Gil Blas las otras bellas cualidades de los palaciegos.—Refiere tambien lo que pasa con los reyes y sus ministros.—Comprueba con la historia la imperfeccion de todos los gobiernos.

A la misma hora, y en el mismo sitio se reunieron al siguiente dia los dos antiguos amigos y condiscípulos. Celestino fue el primero que tomó la palabra y dijo á Gil Blas:—Amigo mio, hoy he recibido carta de mi esposa, y por ella estoy en la precision de marcharme mañana sin falta.—Segun eso he tenido acierto, contestó Santillana en traer la carta para mí señora tia que espero le darás tú mismo enterándola de la historia de mi vida segun te la he referido yo, pues ya conoces que es demasiado larga para una carta. Esta solo se reduce á darla parte de

mi existencia y poco mas, como lo vas á ver. En efecto, leyó Gil Blas á Celestino la carta que le dió para su tia, que estaba reducida á lo siguiente:

Mi querida tia: Aprovecho la ocasion de mi antiguo amigo y condiscípulo dador de esta para Vd. He tenido el mayor placer en saber por él de su existencia. Jamás me olvidaré, tia de mi corazon, de los doce años que he vivido en su compañía, sirviéndome Vd. de una madre tierna y afectuosa. Puedo con verdad decir que Vd. ha sido mi verdadera madre, puesto que apenas he conocido á los que me han dado el ser.

Mis tios de la casa del Pino no han querido como Vd., tenerme en su compañía, no digo doce años; pero ni aun doce dias, y no porque Vd. les haya escrito cosa alguna de las niñerías de mi juventud. Me echaron de casa, ordenándose que saliese á buscar por el mundo mi fortuna, y que sino me conducia con honor, no volviese á presentarme delante de ellos. Celestino la informará de toda la historia de mi vida, y si á Vd. le parece razonable comunicársela, lo hará, pues yo no me atrevo á escribirles hasta saber si se acuerdan aun de mí.

Yo me hallo colocado en palacio, y al lado del rey que me aprecia mas de lo que yo me-

rezco. Si no me hubiera conducido con honor, como me aconsejaron mis tios, es bien cierto que no hubiera merecido la confianza del soberano. Sin embargo, como nada puede haber seguro en este miserable mundo, hoy me hallo muy querido de S. M., y tal vez mañana me hallaré en la calle. No obstante, en manera alguna me presentaré á mis tios contra la voluntad suya. Primeramente acudiria á la proteccion de Vd., querida tia de mi corazon, y dividiriamos entre los dos nuestra buena ó mala suerte, la que hoy tengo la dicha de poseer, téngala Vd. por suya, y contando con ella, ordene y disponga como quiera de su afectísimo sobrino

GIL BLAS DE SANTILLANA.

Acabó de leer su carta Gil Blas, y Celestino le dijo: Cuando tus tios de la casa del Pino sepan que estás en palacio, y al lado del rey, se vuelven medio locos. Por lo que me has dicho de ellos en Astorga, y por lo que pude averiguar en Salamanca, yo creo que son unos verdaderos Quijotes tanto tu tio como tu tia. Estos aristócratas que se imaginan parientes del infante Pelayo, no estan sanos de la cabeza. Se persuaden que los demas no somos hijos de Adan y Eva como ellos y aquel infante, y creen que deben mirarnos como á seres de una infe-

rior especie. Y como los reyes de España, provienen de aquel reconquistador que primeramente comenzó á arrojar los moros de este reino, no estrañaré que tus tios se crean tal vez parientes tambien del soberano, á cuyo lado estás.

De ese mismo modo de pensar, contestó Santillana, hallé yo uno al pasar el puerto de Somiedo cuando salí de tu casa para Asturias. Aquel pobre hombre se empeñó en persuadirme que era primo de Fernando VII, y que estaba en relaciones con él, cuando estoy bien cierto que jamás ha sabido el uno del otro. En todas mis correrías por España y fuera de España, no hallé por este estilo sino á este loco; pero locos de diferentes especies los he visto por todas partes. Los unos dan en la locura de atesorar riquezas y dinero sin poder saciarse jamás, y sin reparar en adquirirlas por los medios mas criminales en perjuicio de tercero, y no reflexionar un solo día en que nada de esto pueden llevar para la eternidad, á donde los envia la guadaña de la muerte cuando mas desuicados estan.

Otros dan en la locura de llenar el vientre por medio de una espléndida mesa de veinte y treinta platos de diferentes manjares, y se atraegan el estómago hasta que este los arroja por

arriba y por abajo, ó que reviente sino los puede arrojar. Pues esta otra clase de locos tampoco conoce que el infeliz labrador, el triste jornalero y el miserable pastor gozan de mejor salud, y de mas larga vida con una comida simple y frugal, y sin variarla apenas.

Otra casta de locos hay que se empeñan en ser mas brutos que los irracionables. Estos no pierden jamás aquel instinto que les ha dado el Criador, pero los que yo digo se quedan por la bebida sin juicio, sin entendimiento y sin razon. No debian volver á recobrarla puesto que desechan la gran prerogativa que Dios ha dado al hombre sobre todos los seres vivientes, pero el eterno Hacedor les ha permitido que por medio del sueño vuelvan á ser hombres. Recuerdan de su embriaguez al siguiente dia, y tan lejos de avergonzarse de haber sido brutos el dia anterior, repiten su misma brutalidad con la mayor frecuencia, por manera que se hallan mejor en el estado de la irracionalidad, que en el de la humana especie.

Otros dan en la manía de considerarse superiores á todo el género humano, porque han estudiado ó leído por cuatro libros, y se creen unos sábios consumados, sin hacerse cargo de que todos sus conocimientos, cuando no se conocen á sí mismos, no valen dos cominos. Digo

que no se conocen á sí mismos, puesto que no saben ni pueden saber como han venido ellos á este mundo, ni cuándo ni de qué manera saldrán de él. Tampoco saben ni pueden saber cómo ni de qué manera se han formado en él sus tres potencias, que no son materia, y sin embargo ordenan, mandan y disponen de sus cinco sentidos á su placer. Tampoco conocen ni pueden conocer el terreno que pisan, ni de qué manera ha sido creado, ni de qué modo se forman en su incomprendible oficina todas las producciones que les sirven de alimento y las demas. Del mismo modo, si estos señores presumidos de sábios se mueren de un accidente repentino, tampoco saben ni pueden saber cómo ni de qué manera se ha formado dentro de sí mismos la causa que lo produjo para corregirla ó evitarla.

Ignorando estos tontos el secreto de las maravillas que vemos en la tierra, miran al cielo, y se atreven á penetrar, como Platon, las que se verifican en todo el universo, y quieren esplicarnos como aquel, de qué modo y manera ha sido este creado, jugando en sus delirios, con la materia y el espíritu sin comprender lo que sea este ni aquella. No obstante, á pesar de este cúmulo de ignorancia y de miseria vemos en estos miserables una vanidad, una pretension

un orgullo y un amor propio inconcebibles. Porque yo no alcanzo sobre que lo pueden fundar. Si estos no son tambien locos rematados, yo no sé que nombre darles. Por este estilo y por otros semejantes he conocido tantos locos en el poco mundo que he recorrido, que estoy por decir, que el número de los cuerdos, es mucho menor que el de los tontos.

Aturdido Celestino con la relacion de Gil Blas, le dijo:—Con alguna razon, amigo mio, te ordenaron tus tios emprender por el mundo otra carrera distinta de las que se siguen en la universidad de Salamanca. Yo no he oido á ninguno de aquellos cátedraticos hacernos una esplicacion de lo que somos en este mundo, y en verdad que algo mas interesante podia sernos esta leccion, que algunas de las que nos hicieron estudiar allí. Si alguna vez te esplicas con el soberano de esta manera, no dejará de oirte con agrado.—Te engañas, Celestino; los reyes viven tan engañados ó mas que los demas hombres. Cuando ellos no se engañarán á sí mismos, les hacen engañarse los que les rodean. Rara vez llega la verdad á sus oidos, ya sea porque no les agrada oirla alguna vez, ó ya porque no se la quieran decir. Si los que son poderosos, sin ser reyes, se ven siempre rodeados de aduladores, ¿cómo se verá un soberano que

es, sobre todos, el mas poderoso de la tierra? Puedes creerme, Celestino, que el hombre, debiendo ser el mejor de todos los séres, es acaso el peor de todos ellos. No le verás jamás asociarse con sus semejantes si son pobres ó inferiores á él en cualquier sentido. Procura pues arrimarse á todos aquellos que le puedan servir, ó de los cuales pueda sacar alguna utilidad ó provecho. No mira á los demás como hermanos suyos, que son tan parecidos á él en el nacer y el morir, que no se diferencian absolutamente en nada; y sin embargo con tal que él se vista con cuatro trapos de superior clase, ya se avergüenza de asociarse con el que ya vestido de un paño inferior.

Hay mas aun sobre esto. Si el primero averigua que aunque el segundo no puede ir tan aderezado como él, es sin embargo un sugeto que le puede servir, en este caso, no solamente le admite en su trato, sino que le busca, y se baja hasta el punto de obsequiarle, aunque antes no se dignase admitir sus obsequios. Pues esto lo he visto yo en palacio hasta con los obispos; pero con los grandes, y otros señores generales y mariscales, es mas comun.

Tiene ademas el hombre la bellísima cualidad de despreciar á sus semejantes si bajan un grado mas que él en la ostentacion y el

lujo. Sobre esto hay tambien otra contradiccion en el hombre. Conozco algunos que aunque sean ricos y poderosos, no quieren ostentar fausto ni riquezas en su porte, ni en el adorno de su casa. Pues estos tampoco pueden entrar en las de aquellos que las tienen adornadas con ricas alfombras, arañas y espejos de cuerpo entero, y si entran en ellas son mirados con desprecio, y como no dignos de sentarse en aquellos sofás. Sube esto de punto cuando estos señores del lujo son unos tramposos que todo lo están debiendo, y los otros son mucho mas ricos que ellos, y nada deben.

Conozco tambien aquí en la córte algunos comerciantes que no hace mucho tiempo no se atrevian á ponerse un frac ó una levita, porque no estaban acostumbrados sino á su chaqueta. Lograron hacerse con algunas talegas (Dios sabe porque medios), y en el dia no solamente visten como los señores, sino que desprecian tambien á sus compañeros del comercio, si tienen cuatro talegas menos que ellos. Si estos no son tambien locos, son unos mentecatos que no recuerdan la miseria en que han nacido y se han criado, y á la que pueden volver cuando menos lo piensen. Por este estilo veo tantos locos por todas partes, que estoy admirado de que no se hayan fundado mas casas para encer-

rarlos que las que conocemos. Algunos hay en ellos que debieran ocupar el lugar de los que yo digo, y éstos trasladarse á aquellas jaulas.

—No vas fuera de razon, contestó Celestino, en lo que me has dicho; pero yo no llamo locos á muchos de los que has señalado, sino pícaros y hombres criminales, que debieran ser perseguidos y castigados por la justicia. Esta no puede castigar á los locos sino con el encierro en una jaula; pero á los pícaros y criminales los puede conducir hasta la horca. Algunos he tratado yo que bien merecian ser colgados de un cordelito atado á la garganta. Pero dejemos esto, y ve disponiendo lo que me ordenas para Salamanca. Quedo encargado de entregar la carta á tu señora tia, y de enterarla de toda la historia de tu vida; pero á mí me parece que no seria fuera del caso pasar yo en persona á verme con tus tios de la casa del Pino, y hacerles una circunstanciada relacion de todo lo que te ha ocurrido desde que saliste de su compañía. Cuando les diga que al fin de tu carrera has venido á ser colocado en Palacio al lado del rey. Es muy regular que te escriban, y yo quisiera que volvieras á entrar en relacion con ellos.

—No me opongo, contestó Gil Blas, si puedes hacerme este favor, en cuyo caso te esti-

maré me escribas participándome todo lo que te haya pasado con ellos respecto de mí. Si es que me conservan algun afecto, puede que me admitan en su compañía cuando la intriga me saque de palacio. Si salgo de allí con alguna pension que me proporcione una decente subsistencia, quisiera ofrecer esta á la mano de tu hermana si se digna admitirla. Es la mayor prueba que puedo darte de nuestra antigua y cordial amistad; pero mientras yo no tenga con que sostenerla como corresponde, nada la digas, y cuando esto se verifique, obrarás como amigo verdadero y leal como me has manifestado serlo en tu casa de Astorga. Jamás me olvidaré de la carta orden que has metido en mi cartera, sin saberlo yo, para tomar en Oviedo el dinero que quisiera de don Rodrigo Antonio Alvarez, de aquel comercio.

Concluyeron su conversacion los dos amigos y condiscípulos, y acordaron escribirse recíprocamente y comunicarse sus respectivas ocurrencias. Al entrar Gil Blas en el palacio recibió el correo, y entre otras varias cartas se halló con una de Marsella. Era esta de la enamorada Eugenia, que le pedia el permiso para casarse con un jóven francés, rico y de grandes conveniencias, cuyo enlace no podia admitir sin su licencia en virtud de lo que se habia

contratado á la salida de Gil Blas de aquella casa. No tuvo éste inconveniente en contestarla á correo seguido concediéndola lo que solicitaba, y añadiéndole que él iba tambien á suplicarla la misma peticion para verse libres los dos del compromiso con que se habian ligado.

Continuó Gil Blas por algun tiempo al lado del rey, desempeñando fielmente su encargo de velar por la seguridad de la real persona. No tardó mucho en averiguar que se tramaba otra conspiracion, contra ella, pero no pudo saber en que forma se proyectaba, ni si emprendian atentar contra la vida del rey como algunos le habian dicho. El hecho fue que descubrió los pormenores de la conspiracion, y consiguió atajarla el monarca, habiendo sido condenado á la pena capital alguno de los conspiradores. Estos servicios de Gil Blas hubieran sido premiados con el mas lucrativo de los empleos si él hubiera querido, pero siempre dijo á S. M., que nada mas apetecia que el conservarse á su lado, y por este desprendimiento se merecia la mayor confianza del rey. Los señores palaciegos envidiaban esta predileccion que hacia de Gil Blas el soberano, pero por mas indirectas de que usaban alguna vez contra él, nada pudieron adelantar. Ningun daño habian

recibido por el influjo de Santillana con el monarca, mas no era esto lo bastante para dejar de perseguirle hasta lograr su caida. La envidia y la emulacion en el palacio del rey no tienen límites, así como tampoco los tienen la codicia y la ambicion por los empleos mas lucrativos. Estos son conferidos siempre á los que proponen los ministros al soberano, que regularmente firma los decretos sin saber á quienes favorece, ni á quienes favoreciendo, perjudica. Los ministros si que lo saben, pero desde el punto en que se sientan en sus sillas ministeriales, dejan de ser hombres. En cierto modo casi tienen razon, porque siendo, como vienen á ser, superiores al monarca, ya no son hombres como los demas, y en lo de ser superiores no cabe la menor duda, porque el rey en su despacho no hace sino firmar lo que ellos quieren. Y á la verdad que si el soberano fuese á estudiar la multitud de espedientes que les llevan á la vez para que no pueda leer ninguno de ellos, nada se despacharia. Luego el rey se halla, en cierto modo, precisado á estar y pasar por lo que sus ministros dispongan. El ha depositado en ellos su confianza, y como no puede saber cuando le engañan, no es el rey, sino sus ministros, los que perjudican á los pueblos por una mala administracion. Sin embargo,

cuando estos se insurreccionan por los perjuicios que experimentan, culpan regularmente al soberano, y contra él se dirigen hasta destruirle ó decapitarle como á Luis XVI. Si este desgraciado monarca y sus antecesores hubieran tenido buenos ministros, es bien cierto que no se hubiera verificado aquella espantosa revolucion. Pero los ministros son hombres con pasiones, y querer que sin ellas se sienten en aquellas sillas, es querer un imposible. Por esta razon hallo yo imposible tambien que tengamos jamás un gobierno sin sus faltas y sus imperfecciones.

Los griegos han puesto á prueba casi todas las formas de gobiernos inventadas por los hombres. El monárquico, el aristocrático, el republicano, y el misto han sido establecidos en varios pueblos de la Grecia. Ninguno de ellos ha sido permanente, porque en ninguno de ellos se ha visto aquella perfeccion que vanamente buscan los hombres. Si estos entre sí no pueden hallar uno solo que sea completamente perfecto, ¿cómo pretenden tener un gobierno que lo sea? No obstante esta imposibilidad, los hombres mas eminentes en el saber, como Platon, Aristóteles, Solon, Licurgo y otros se han empeñado en hallarle. Fijaron sus principios, sus reglamentos, sus constituciones en diferentes

formas de gobierno. Todos se han puesto á prueba, pero todo ha caducado. La monarquía degeneró en tiranía, la aristocracia en oligarquía, la república en democracia, y la libertad en desenfadada licencia.

De los asiáticos, de los cartagineses, de los egipcios, y de todo cuanto la experiencia les habia demostrado en estos, y en los mismos griegos, tomaron lo mejor, pero la imperfeccion humana se vió siempre en todas partes. No hubo en sus gobiernos otra diferencia que la de relajarse algo mas tarde los unos que los otros, pero en todos se ha visto siempre la relajacion.

No se cansen pues los hombres en buscar lo imposible. El hombre está sentenciado á sufrir sobre la tierra, y pretender habitar en ella sin padecer mas ó menos, es aspirar á mudar la naturaleza humana. En nuestros dias nos ha demostrado la experiencia esta infalible verdad en la revolucion francesa, y en todas las demas que hemos visto como legítimas sucesoras de aquella. ¿Qué fruto han sacado los hombres de tanta sangre derramada para trastornar los gobiernos establecidos, y poner otros en su lugar? El hallarse despues en peor estado del que antes tenian, y esto despues de haber perdido vidas, haciendas, intereses, honores, y al

amable tranquilidad. ¿Cómo pues intenta el hombre mejorar de fortuna con mudar la forma de gobierno, si este gobierno se ha de componer de hombres esclavos de sus pasiones? Trabajen antes, cuanto posible les sea, en formar los asociados virtuosos, benéficos y amantes del la humanidad, y establezcan despues cualquiera de los gobiernos. En todos, ó en cualquiera de ellos gozará de la posible felicidad sobre la tierra.

La historia de nuestra España y la historia de todas las naciones nos enseña, que por todas partes han sido los hombres mas ó menos dichosos con sus gobiernos, segun la clase de pasiones que han dominado á los gobernantes. En unos ha prevalecido el espíritu de conquista, y á costa de la sangre de nuestros semejantes han aumentado sus estados. ¿Pero se puede llamar esto una felicidad? Los conquistadores han sido conquistados despues, y esto está muy en el órden de la justicia. ¿Qué derecho puede tener Pedro para usurpar el trono de Juan, sin que Juan no tenga un derecho igual para usurpar el de Pedro? Si no lo puede realizar por sí mismo, lo harán sus sucesores, y sino ya vendrán otros que, sin ser de los suyos, vengarán la injusticia de la usurpacion. Ello ha de ser que mas tarde ó mas temprano ninguna de estas

usurpaciones ha de ser perpétua ni permanente. ¿Qué se ha hecho de aquel grande imperio de Alejandro cuyos límites se estendian desde la Europa al Africa y al Asia? ¿A qué se halla hoy reducido el de su competidor Darío? ¿Dónde hallaremos el inmenso poder de la gran Cartago? ¿En dónde el formidable y soberbio imperio de los romanos? Y en nuestros días, ¿cómo deslindaremos hoy las inmensas conquistas del emperador de los franceses y rey de Italia.

Volviendo los ojos á nuestra España, y á los tiempos de los reyes católicos y sus sucesores, hemos conquistado casi todo el continente americano. Esta conquista se ha verificado bajo la forma del gobierno monárquico. En el año de 12 del presente siglo hemos cambiado la forma de aquel gobierno por la del representativo ó constitucional. Bien hemos creido que con esta mudanza mejorariamos de fortuna; pero ¿qué ha sucedido? La pérdida de aquellos ricos y vastos dominios, cuyos habitantes á imitacion nuestra quisieron tambien tener sus gobiernos constitucionales ó representativos. Nosotros hemos proclamado la libertad y la independencia. Ellos han aprendido de nosotros á ser libres é independientes tambien. Nosotros hemos dado á la prensa una desconocida libertad por todos nuestros antepasados; ellos han

usado de esta misma libertad, que les enseñó á sacudir el yugo de los que les habian civilizado, y sacado de la barbarie y de la ingominia. Nosotros hemos sancionado la famosa Constitucion del año de 12, y hemos ordenado que esta misma Constitucion rigiese en aquel vasto continente. Muy luego acreditó la esperiencia que era un imposible gobernar aquellos habitantes con la sobredicha Constitucion. Así lo hizo presente á las Córtes cierto virey que se vió precisado á suspenderla para poder conservar aquellos dominios á la corona de España. La deposicion de su empleo fue el premio que le dieron los señores gobernantes de Cádiz, que sin haber visto jamás las Américas, creyeron conocerlas mejor, que aquel que, en medio de sus habitantes, estaba palpando las consecuencias de nuestro nuevo gobierno representativo y constitucional.

De todas estas premisas sacariamos una consecuencia muy legítima, á saber: fue los hombres estan sujetos al error aun aquellos que reputamos por unos sábios consumados. En nuestras Córtes de Cádiz hemos tenido por representantes lo mas escogido y lo mas selecto de toda la nacion. ¿Y qué herencia nos han dejado con sus sábias deliberaciones en aquel congreso nacional? La semilla de las revoluciones,

de los pronunciamientos, del trastorno, de la anarquía, de la inquietud y del desasosiego. Hace ya mas de treinta años que por aquellas deliberaciones han desterrado de la España la paz y la amable tranquilidad. Todos los males que ha sufrido la nacion en este largo periodo son hijos legítimos de las atrevidas innovaciones de aquel primitivo congreso nacional. Quiera el cielo que este periodo fatal se haya concluido, y que los españoles, tan unidos en otros tiempos, y tan desunidos hoy, lleguen un dia á entenderse.

Pero nos hemos estraviado de la historia de Gil Blas, de cuyo estravio pedimos indulgencia al lector, ofreciéndole continuarla en el siguiente capítulo.